

The cover art features three characters in a dimly lit room. In the background, a large, imposing orc warrior with a thick brown beard and braided hair, wearing ornate blue and gold armor, stands with a stern expression. In the foreground, a human man with a white beard and balding head, wearing brown leather armor, leans over a table. In the center, a woman with long, braided white hair, wearing a blue and white dress, points at a map on the table. To her right, a tauren character with a large red horn and blue armor looks on. The scene is illuminated by a warm, golden light, possibly from a fire or a lamp, creating a dramatic atmosphere.

WORLD
WARCRAFT
THE WAR WITHIN

UN NUEVO CAMINO

DE ADAM CHRISTOPHER

1

CUMBRE en BORALUS

HISTORIA

ADAM CHRISTOPHER

ILUSTRACIONES

BRUSH SAUCE STUDIO

EDICIÓN

CHLOE FRABONI

DISEÑO Y DIRECCIÓN DE ARTE

COREY PETERSCHMIDT

ASESORAMIENTO DE HISTORIA

SEAN COPELAND

ASESORAMIENTO CREATIVO

RAPHAEL AHAD, KEITH RILEY CO, AARON OLSON,
ABIGAIL MANUEL, CHRIS METZEN, STACEY PHILLIPS,
KOREY REGAN

PRODUCCIÓN

BRIANNE MESSINA, AMBER PROUE-THIBODEAU,
CARLOS RENTA, TAKAYUKI SHIMBO

TRADUCCIÓN

PAULA GÜRTLER

CORRECCIÓN

LAURA CAMPOS



Blizzard.com

©2024 Blizzard Entertainment, Inc., Blizzard y el logo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas comerciales registradas de Blizzard Entertainment, Inc. en los EE. UU. o en otros países.

Publicado por Blizzard Entertainment.

Esta historia es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares e incidentes que se retratan son productos de la imaginación del autor o el artista, o se usan de forma ficticia, y cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o lugares es pura coincidencia.

Blizzard Entertainment no ejerce control sobre los sitios web pertenecientes a los autores o a terceros ni sobre su contenido, como así tampoco asume responsabilidad alguna respecto de ellos.



— **P**agaría por saber lo que estás pensando —dijo una voz cálida detrás de ella—, pero temo que el precio sea demasiado alto.

Lady Jaina Valiente le dio la espalda a la vista de la ciudad que se extendía debajo cuando su viejo amigo se acercó al parapeto. A pesar de su tamaño y su armadura pesada, había logrado subir por la escalera angosta y sinuosa de la torre más alta de la Fortaleza Valiente sin hacer un solo ruido.

Thrall se apoyó en la piedra antigua para contemplar a Boralus desde lo alto, y respiró hondo el aire fresco.

—Veo por qué te gusta tanto este lugar.

Jaina asintió. La torre le brindaba soledad y privacidad para pensar, mientras que la vista de Boralus le brindaba perspectiva, un recordatorio de dónde estaba... y de *quién* era.

Y ahora mismo, mientras la niebla marina se despejaba, Boralus brillaba como un zafiro al alba. Mil techos, mil agujas, todos resplandecientes con la promesa de un nuevo día. Desde la torre, Jaina podía ver todo su dominio de un solo vistazo, desde las montañas nevadas hasta el gran puerto, donde se encontraba la poderosa flota kultirana,

con más de diez de sus naves más veloces listas, a la espera de su orden.

—Sé que creíste que sería fácil —dijo Thrall.

Jaina emergió de su ensoñación con un parpadeo. El rostro de Thrall había perdido un poco del miedo que ella había visto el día que cayó Dalaran. Pero aún había una sombra sobre él... sobre los dos. Aquí, en las alturas, era fácil olvidar la oscuridad que se confabulaba en el centro del mundo, una oscuridad que pronto inundaría no solo a Boralus sino a todo Azeroth, si no lograban derrotarla.

—Fácil... no es la palabra que usaría. —Suspiró—. Pero sí, esperaba más.

Desde aquel día terrible, Jaina había contado diez amaneceres. Y desde aquel día, cada noche, había revivido en sueños el horror de ese momento, cuando la ciudad de luz y maravilla que flotaba sobre Khaz Algar fue arrancada del cielo, como si fuera el juguete de un niño.

Pero esa pesadilla había sido real. Y Jaina sabía que era solo el comienzo.

Algo terrible se avecinaba. Un nuevo Cataclismo. Un mal que tenía nombre.

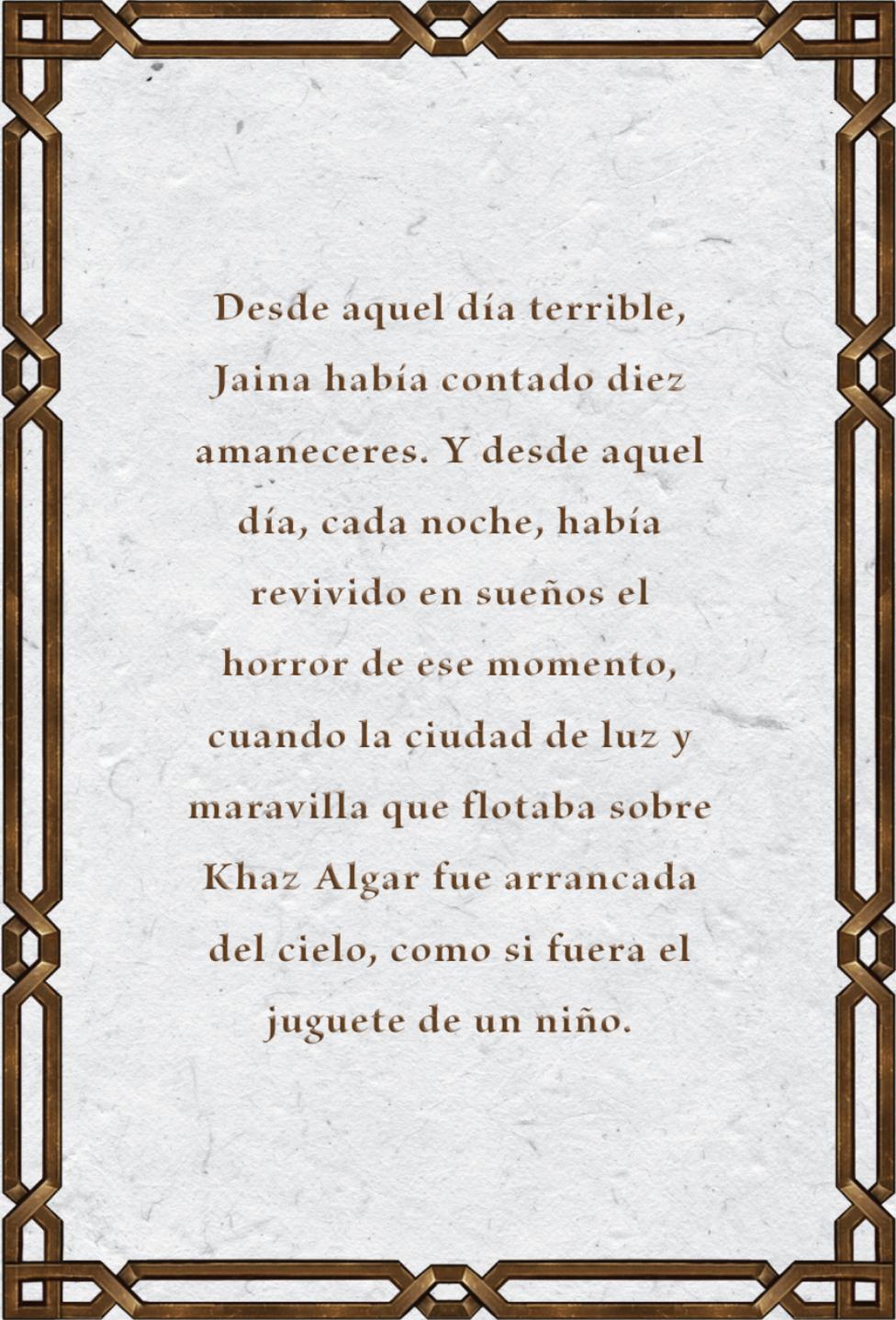
Xal'atath.

Esos diez días desde que Jaina y Thrall habían regresado a sus respectivas capitales habían sido un torbellino de actividades. Se habían enviado mensajeros a todos los rincones de Azeroth con plena autorización de la Horda y la Alianza para entregar un mensaje único e imperativo: un llamado a unirse, un llamado a todos los líderes para reunirse en Boralus y prepararse para enfrentar a este nuevo enemigo. Iban a venir, Jaina lo había creído con firmeza.

Y algunos habían ido, pero muchos no.

Quizás había sido ingenua, en retrospectiva, al no darse cuenta de lo mucho que la Canción radiante había afectado a las personas en todo el mundo. Incluso ahora, mientras miraba su propia ciudad, y observaba a los guardias patrullando, los trabajadores en los muelles, los taberneros barriendo la entrada mientras los comerciantes del mercado rodaban barriles y cargaban carros, se preguntaba cuántos de los suyos habían oído la canción, perturbados por la visión y la voz. Cuántos tenían miedo y se preguntaban qué podría significar.

Hubo un estruendo metálico a sus espaldas, seguido de un murmullo de maldiciones y el sonido de pasos pesados por la escalera espiralada. Jaina y Thrall



Desde aquel día terrible,
Jaina había contado diez
amaneceres. Y desde aquel
día, cada noche, había
revivido en sueños el
horror de ese momento,
cuando la ciudad de luz y
maravilla que flotaba sobre
Khaz Algar fue arrancada
del cielo, como si fuera el
juguete de un niño.

vieron a Danath Aterratsols aparecer en la azotea. Se detuvo a tomar aire, con el pecho agitado bajo el tabardo rojo.

—Por la sangre de Thoradin —dijo Danath—, para ser un pueblo marítimo, los kultiranos sí que aman las escaleras.

Jaina intentó contener la risa; no pudo evitarlo, a pesar de su pésimo ánimo. Danath fue el primero en responder a su llamado. Ya llevaba varios días en la ciudad, ayudando a Jaina a prepararse para la cumbre. Si estaba decepcionado por las respuestas de los demás líderes que, de a poco, iban llegando, nunca lo había demostrado. En lugar de eso, había sido un compañero leal, un consejero excelente... y un gran amigo.

—¿Se les ha ocurrido una solución? —preguntó Thrall.

—Aunque no lo creas —dijo Danath—, me parece que sí. Se dirigió de nuevo hacia las escaleras—. Vengan, tenemos mucho de que hablar.



Jaina podía oír los murmullos de las conversaciones mientras ella y Thrall seguían a Danath de regreso a la sala de reuniones, escondida en lo más recóndito de la Fortaleza Valiente. Con el regreso de los tres, la conversación se detuvo en un silencio respetuoso.

Los líderes reunidos habían estado encerrados debatiendo toda la noche, intentando superar los escollos tanto geográficos como políticos para reunir una fuerza de ataque que Jaina y Thrall pudieran llevar a Khaz Algar. Y ahora que veía a todos los representantes de pie frente a la enorme mesa de guerra en el centro de la sala, Jaina se atrevió a esperar que las palabras de Danath hubieran sido ciertas y que pronto pudieran enfrentarse a Xal'atath.

Los líderes que habían respondido el llamado conjunto de Jaina y Thrall eran una mezcla que la líder kultirana no había visto antes. Del lado de la Horda, estaba Aggralan del Anillo de la Tierra, la compañera de vida de Thrall mejor conocida como Aggra; Baine Pezuña de Sangre, el gran jefe tauren, cuya figura sobresalía junto a la forma delgada de Thalysra, Primera Arcanista de los Natonocturno, que a su vez se destacaba en altura respecto del diminuto Kiro, líder de la caravana de los vulpera voldunai.

Del otro lado de la mesa estaban los representantes de la Alianza: Shandris Plumuluna, que recientemente había alcanzado el estatus de líder de los elfos de la

noche, y Magíster Umbric, de los elfos del Vacío, estaban casi espalda contra espalda y formaban un dúo imponente, hasta hermoso, junto a la forma robusta de Kurdran Martillo Salvaje, el enano enviado como representante de Falstad por el Consejo de los Tres Martillos. Por último, Tess Cringris representaba a Gilneas; envuelta en pieles de color púrpura y marrón, la reina era quien se veía más preparada para la batalla. Fue ella quien rompió el silencio, y su cálido saludo trajo alivio a Jaina, que no sabía bien qué esperar de la reunión. Cuando habían dejado al grupo varias horas antes, los ánimos habían estado caldeados y la atmósfera se había tensado con los argumentos de cada líder acerca de las responsabilidades propias del gobierno y las limitaciones que estas les imponían para poder contribuir con la fuerza de ataque.

Jaina se acercó a la mesa, que ahora estaba cubierta por un mapa grande que antes no había estado. Reconoció la región de inmediato.

—¿Las Tierras Altas de Arathi?

Danath abrió la boca para hablar, pero Umbric se adelantó.

—Es muy riesgoso —dijo en voz baja, sosteniéndose la barbilla con los largos dedos azules—. Necesito algo menos... *incierto*.

—Al igual que todos —dijo Baine. El tauren cruzó sus brazos gigantes y levantó el mentón, y Thalyssra tuvo que agacharse para esquivar su celada emplumada—. Pero a veces lo que necesitamos y lo que tenemos son dos cosas distintas.

—Estoy de acuerdo. —Shandris se inclinó sobre la mesa—. Debemos tomar la oportunidad que tenemos y aprovecharla.

Jaina miró al resto del grupo.

—¿Qué oportunidad? ¿Danath?

—La Séptima Legión. —Señaló la ubicación de su propio reino en el mapa de las Tierras Altas de Arathi—. Hay una fuerza considerable reunida en Stromgarde. Un ejército listo, a la espera de órdenes.

Thrall se frotó el mentón.

—Interesante. ¿Quién lidera esta guarnición?

—Mi sobrina, Marran —dijo Danath—. Como mis deberes diplomáticos me obligan a estar en Ventormenta, ella es la regente de Stromgarde. Me ha llegado la noticia de que ha estado reforzando su posición con la Guardia Auxiliar de la Séptima

Legión. —Extendió las manos—. Es su decisión, pero confío en que ella está...

—Atizando las tensiones con los mag'har. —Aggra dio un paso delante, y sacudió la cabeza—. La Horda les dio la base de Sentencia a los orcos refugiados durante el Armisticio. Después de la Cuarta Guerra, la Señora suprema Geya'rah y su pueblo no tenían a dónde ir. Las tierras que rodean a Sentencia se parecen mucho a Nagrand, y eso las convertía en un lugar amable para que su pueblo tuviera un nuevo comienzo en Azeroth. —Señaló el otro lado del mapa, donde el fuerte orco estaba enclavado bajo las colinas, y se dirigió a Thrall—: Pero las heridas de sus draenor no han sanado por completo, ni para Geya'rah ni para su pueblo. Los kor'kron ahora se entrenan allí a pedido de ella, para defenderse de Stromgarde. —Miró a Danath, con un gesto adusto—. Si Stromgarde avanza, Sentencia responde.

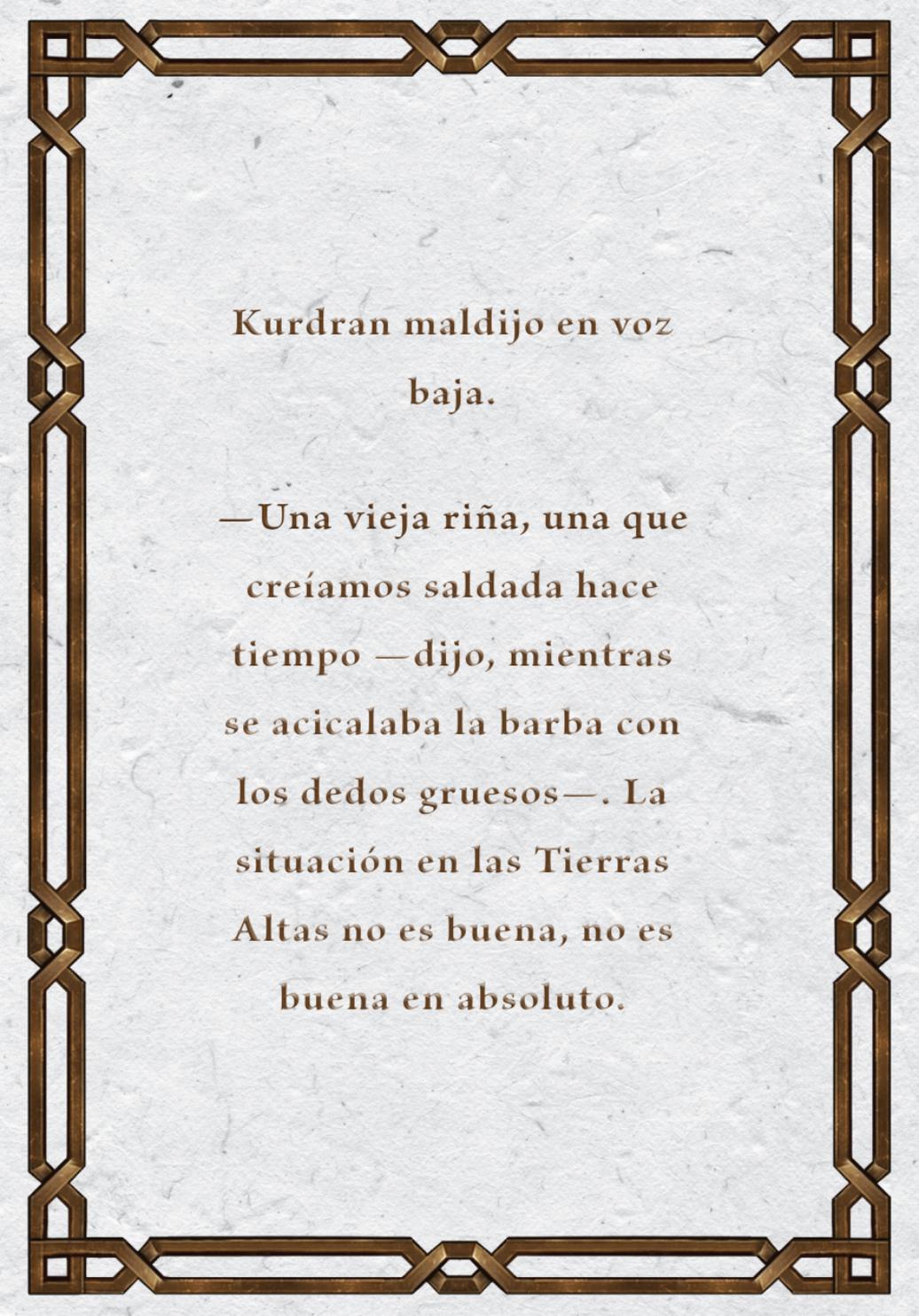
Kurdran maldijo en voz baja.

—Una vieja riña, una que creíamos saldada hace tiempo —dijo, mientras se acicalaba la barba con los dedos gruesos—. La situación en las Tierras Altas no es buena, no es buena en absoluto.

Jaina observó que Tess y Umbric intercambiaban miradas, y Thalyssra se inclinó para escuchar algo que Kiro le murmuraba al oído. Luego, Jaina miró a Thrall, pero el antiguo jefe de guerra estaba en silencio, con el ceño nuevamente fruncido. Estaba estudiando el mapa, no a las personas alrededor.

Danath levantó las manos.

—*Por favor*, ya hablamos de esto. —Suspiró y comenzó a rodear lentamente la mesa—. Comprendo sus miedos, pero olvidan que Stromgarde aún se intenta recuperar de la Cuarta Guerra. Marran solicitó ayuda a la Séptima Legión para ayudar a los campesinos a defenderse de los depredadores, para entrenar nuevos soldados que respalden a la Alianza, para mantener el gobierno de nuestra familia en mi ausencia. Confío en que ella solo hace lo que siente que debe hacer como líder y que el asunto se enmendará fácilmente. —Un nuevo murmullo se propagó por toda la mesa, pero Danath no iba a desistir tan rápido—. *Aquí* está nuestra fuerza de ataque. La Séptima Legión y —asintió mientras pasaba junto a Aggra— los kor'kron. Dos de las mejores fuerzas de combate de Azeroth. Entrenadas. ¡Listas! No podríamos desear un mejor ejército.



Kurdran maldijo en voz
baja.

—Una vieja riña, una que
creíamos saldada hace
tiempo —dijo, mientras
se acicalaba la barba con
los dedos gruesos—. La
situación en las Tierras
Altas no es buena, no es
buena en absoluto.

Se detuvo y se quedó junto a Jaina y Thrall una vez más. Miró a los dos.

—Marran te escuchará a ti, Jaina. Siempre la he oído hablar muy bien de ti y de tu madre. Yo también le escribiré, para avisarle de tu llegada y para que prepare a la Séptima Legión para marchar. Y si bien no conozco a Geya'rah, te conozco a ti, Thrall. La Horda quizás no tenga un jefe de guerra, pero los kor'kron responderán a tus órdenes.

Thrall sostuvo la mirada de Danath durante varios segundos, y luego asintió. Sus ojos se encontraron con los de Jaina.

—Quizás esta sea nuestra mejor opción, tanto para reunir una fuerza de ataque como para evitar un conflicto mayor.

Jaina reflexionó. La situación de las Tierras Altas de Arathi sonaba delicada, como mínimo, pero Danath tenía razón. Necesitaban un ejército, y aquí no había uno sino *dos*, a la espera de un blanco adecuado.

Jaina buscó su bastón.

—Entonces así será. Yo daré la orden para que la flota navegue hacia Stromgarde. Para cuando lleguen, la fuerza de ataque estará lista. Thrall, tú irás a Sentencia y negociarás con Geya'rah por los kor'kron.

—Yo iré también —dijo Aggra, y dio la vuelta a la mesa para unirse a Thrall—. Geya'rah es como una hermana para mí. —Puso una mano en el hombro de su compañero—. Ella nos escuchará, lo prometo.

—De acuerdo —dijo Jaina—. Danath y yo iremos a Stromgarde.

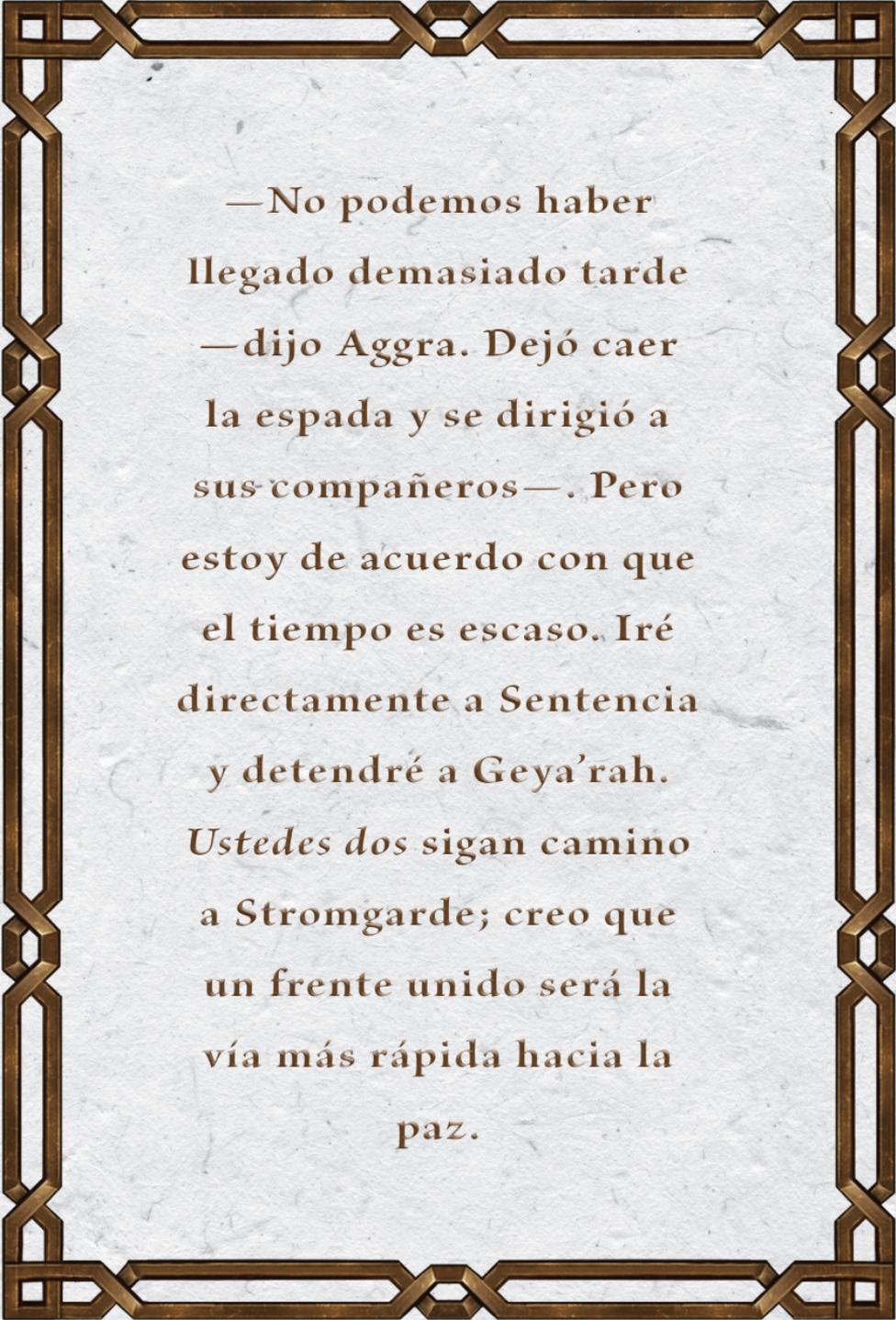
—Lo lamento, Lady almirante —dijo Danath, con una inclinación de su cabeza a modo de disculpa—. Ya he estado demasiado tiempo lejos de Ventormenta. Turalyon ha enviado un mensaje para que regrese con urgencia a su corte. Pero, por mi honor, Marran te recibirá con agrado y escuchará tu opinión. —Sonrió.

—Muy bien —dijo Jaina, y se dio vuelta para dirigirse a los líderes reunidos—. Les agradezco a todos por su valentía y su honestidad en este consejo. Damos por terminada la reunión.

Mientras los líderes salían en fila y se despedían, Jaina se dirigió a Thrall y Aggra.

—Prepárense —les dijo, mientras conjuraba un portal—. Nos vamos de inmediato.





—No podemos haber
llegado demasiado tarde
—dijo Aggra. Dejó caer
la espada y se dirigió a
sus compañeros—. Pero
estoy de acuerdo con que
el tiempo es escaso. Iré
directamente a Sentencia
y detendré a Geya'rah.
*Ustedes dos sigan camino
a Stromgarde; creo que
un frente unido será la
vía más rápida hacia la
paz.*

Jaina, Thrall y Aggra apenas habían dado un paso fuera del portal de Boralus a las Tierras Altas de Arathi cuando sintieron que la situación había dado un giro dramático. Habían llegado a una hondonada, oculta de la vista por laderas muy empinadas. No habían terminado de orientarse cuando Aggra avanzó apresuradamente, maldiciendo por lo bajo. Jaina la observó agacharse junto a un cuerpo boca abajo.

No era el único.

Thrall pisó un cadáver humano, su armadura estaba partida a hachazos.

—Ay no —suspiró Jaina. Contó los cadáveres: doce en total, seis humanos con los colores de la Séptima Legión, seis orcos con las pieles y cueros de los kor'kron. Miró con recelo las colinas que los rodeaban, y se unió a los otros dos—. ¿Qué pasó?

Aggra sacó una espada ensangrentada de la Séptima Legión del kor'kron más cercano.

—Una pelea a muerte —dijo. Se puso de pie y utilizó la espada para señalar a varios orcos, con flechas atascadas en los puntos débiles de sus armaduras—. Los humanos armaron una emboscada...

Thrall continuó el hilo de pensamiento de su compañera.

—Pero se encontraron con que los kor'kron son un enemigo formidable. —Miró la escena sangrienta, con una expresión sombría—. Una batalla de aniquilación mutua. Dos fuerzas pequeñas, de igual número, quizás igual de sorprendidas, ingenuamente, ante la fuerza de su enemigo. —Thrall miró a Jaina—. Me temo que llegamos demasiado tarde.

—*No podemos* haber llegado demasiado tarde —dijo Aggra. Dejó caer la espada y se dirigió a sus compañeros—. Pero estoy de acuerdo con que el tiempo es escaso. Iré directamente a Sentencia y detendré a Geya'rah. Ustedes *dos* sigan camino a Stromgarde; creo que un frente unido será la vía más rápida hacia la paz.

Thrall asintió.

—Buena suerte, mi amor —dijo. Los dos se estrecharon las manos, y sin una palabra más, Aggra partió a toda velocidad hacia la ladera del norte, que escaló ágilmente antes de desaparecer de la vista.

Thrall la vio irse, y luego le dijo a Jaina:

—A Stromgarde, entonces.

Pero cuando estaban alejándose de su escondite, Jaina oyó un silbido en las alturas. Casi antes de registrarlo, vio a Thrall sacudirse y dar un paso tambaleante hacia atrás, con el asta emplumada de un proyectil emergiendo entre su hombro y la armadura para el pecho.

Jaina giró y se puso instintivamente entre Thrall y el arquero. Levantó en alto su bastón y lanzó un escudo protector para cubrirlos. Otro silbido, pero esta vez la flecha rebotó en el escudo. Ese instante bastó para que Jaina descubriera su blanco. Allí, junto al árbol solitario en la cima de la colina que tenía enfrente, se vio un movimiento fugaz. Una figura envuelta en una capa se hizo visible, arco en mano y carcaj en la espalda rebotando durante su huida.

Al instante, Jaina cerró el puño y lo impulsó hacia adelante para lanzar un orbe de energía púrpura chisporroteante en dirección a la ladera. Un momento después, el árbol explotó formando una gota de llamas amarillas y luz rosada, pero no había rastros del arquero. Jaina maldijo y se arrodilló junto a Thrall.

—Déjame, voy a estar bien —dijo Thrall, y le hizo un gesto con la mano para que se aleje. Tomó el asta de la flecha, que aún sobresalía de su piel, y la arrancó de un solo tirón. La sostuvo para examinarla—. Al menos eso espero.

Jaina miró la punta de la flecha. Estaba manchada de sangre, el líquido era casi negro, pero había algo más... otra sustancia, azul brillante, aceitosa. Abrió grandes los ojos, horrorizada.

—¿Veneno? Thrall, tú...

Thrall arrojó la flecha al costado, y luego movió el hombro lesionado a modo de prueba. Hizo una mueca de dolor, la herida seguía supurando.

—Voy a estar bien —dijo, e hizo una pausa—. Pero tenemos que ir a Stromgarde, y rápido. —Señaló la ladera con un gesto—. Ve adelante.

ACERCA DEL AUTOR

Adam Christopher es escritor del *New York Times* y autor de los best sellers *Star Wars: Sombras de los Sith* y *Stranger Things: A oscuras en la ciudad*. También escribió novelas oficiales basadas en la serie televisiva de CBS *Elementary* y la galardonada franquicia de videojuegos *Dishonored*. Adam fue cocreador de la encarnación del siglo XXI del superhéroe de Archie Comics, *The Shield*, y escribió para la serie *Lazarus* de Greg Rucka y Michael Lark, de Image Comics, y el universo de *Doctor Who* de Big Finish. Colaboró con la exitosa serie antológica de aniversario *Star Wars: Desde otro punto de vista* y también escribió para el cómic *Star Wars Adventures* de IDW, que contiene todas las eras. Entre las numerosas novelas originales de Adam se encuentran *Made to Kill* y *The Burning Dark*, y su novela debut *Empire State* fue el libro del año tanto para *SciFi Now* como para el *Financial Times*.